

LA SANTERÍA, ¿RELIGIÓN DE LOS CUBANOS? (Noviembre 1990)

Es frecuente, en los últimos tiempos, que los medios de comunicación de nuestro país se refieran a las «religiones africanas» o a los «cultos afrocubanos». Incluso en algunas incursiones que han hecho estos medios sobre la fe religiosa en general, esta es presentada sobre todo como una manifestación de lo que comúnmente nuestro pueblo conoce como «santería». Por ejemplo, en el programa de T.V. «*Puntos de vista*», dedicado al tema de la religión, no hubo ninguna entrevista con católicos de sólida formación, tampoco se incluyeron a cristianos de las distintas congregaciones evangélicas que existen en Cuba y aún menos se dio allí la presencia de un sacerdote católico o de un ministro de otra denominación. (Sí estuvo presente algún babalao). Sólo hombres y mujeres de fe espontánea y popular, en su mayoría sincrética, eran abordados por los entrevistadores.

Da la impresión de que, al difundir tanta información sobre cultos africanos y presentar las manifestaciones de religiosidad popular más o menos sincréticas como las más comunes entre los cubanos y en dependencia más de los cultos africanos que de la Iglesia Católica, se pretende atribuir un rango de religión independiente y aún predominante a lo que no pasa de ser, en gran número de creyentes, una característica de su religiosidad o una modalidad en la expresión de su fe religiosa.

No es posible iniciar siquiera un análisis serio de este tipo de religiosidad en el breve espacio de esta hoja, pero es necesario, al menos, decir una palabra sobre el tan mencionado sincretismo. Este fenómeno ocurre cuando los credos o cultos de dos o más religiones o tradiciones religiosas se entremezclan. Así pasó en Cuba con las diversas expresiones religiosas africanas traídas a Cuba por los esclavos de aquel continente. Estas se mezclaron y confundieron entre sí y recibieron un fuerte influjo del catolicismo, que era la religión de los españoles y sus descendientes criollos, marcando ellas a su vez la religiosidad popular católica con creencias y ritos.

Muchos factores culturales, sociales y políticos intervienen en los procesos de sincretización, en el cual prácticamente nunca llegan a borrarse los elementos iniciales implicados en ese proceso como para quedar fundidos en uno solo totalmente nuevo. La religión más organizada, la que tiene conceptualizaciones y preceptos más elaborados y presenta una ética más coherente, logra al final el influjo mayor y definitivo.

En la fiesta de la Merced del pasado año, un grupo de periodistas, al terminar la Misa, me rodeó para preguntarme sobre el sentido de la fiesta y mis opiniones acerca del gran número de participantes, la pregunta clave me la dirigió una joven reportera: ¿por qué la Iglesia es tan tolerante y permite que personas que tienen creencias sincréticas participen en el culto católico? Le di mi respuesta que contiene a la vez varias preguntas: ¿quién tiene el medidor del grado de sincretismo de cada persona?, ¿por dónde pasa la línea divisoria en el espíritu humano para que yo pueda rechazar a alguien al considerarlo sincrético?

En suma, ¿quién puede ser capaz de juzgar de la interioridad del hombre que se acerca lleno de fe a la Iglesia? Hasta aquí, mi respuesta en aquella ocasión. Y ahora añadido: la mirada del Pastor, la mirada del sacerdote, tiene que ser la misma de Jesucristo. Multitudes de gentes sencillas lo rodeaban. Una mujer del pueblo, narra el Evangelio, quería tocar la orla de su túnica para curarse de sus hemorragias. Un

ciego, esperando recuperar la vista, gritaba desde el borde del camino: Jesús, ten piedad de mí.

Eran hombres y mujeres del pueblo que se acercaban a Él con sus supersticiones sus creencias peculiares y sus tabúes. En más de una ocasión, Jesucristo hizo elogios de ellos: «En pocos de mi pueblo he encontrado tanta fe» (*Lc 7, 9*). «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (*Mt 11, 25*).

No, la actitud de Jesús no es condenatoria, su mirada no es la del sociólogo, que estudia en equipo los comportamientos y hace después clasificaciones artificiales. No es tampoco la mirada del periodista que informa de lo que ocurre externamente, pero que no puede penetrar en el corazón del hombre. Esa mirada de Cristo y su preocupación por la humanidad: «Siento pena de la multitud que vaga como ovejas que no tienen pastor» (*Mt 9, 36*), es la misma que debe tener la Iglesia que Él nos dejó. Nosotros debemos continuar también el estilo pastoral de nuestro Maestro y Señor. Él no dejaba a esa muchedumbre en sus creencias ingenuas y elementales. Apreciaba y alababa su sencillez, pero les hacía dar pasos en el sentido del bien, del amor, de la justicia y de la verdad.

Sin rechazos, amándolos, Jesús les predicaba la religión verdadera: no es tal o cual alimento estimado impuro que coma el hombre lo que mancha su alma, lo que daña al hombre no es lo que entra de fuera, sino lo que sale del corazón, «del corazón proceden las malas intenciones, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las difamaciones» (*Mt 15, 19*). Los creyentes de religiosidad popular que acuden a nuestras iglesias reciben con gozo y gratitud este mensaje y lo sienten suyo. Un gran número de ellos se sorprenderían al ser llamados sincréticos, pues no conocen ni siquiera la palabra. Casi todos ellos se definen a sí mismos como católicos o creyentes.

De hecho la mayoría de los cubanos de religiosidad popular no son sincréticos, en el sentido que entendemos aquí, sino que profesan una especie de catolicismo popular que hallamos también en países de vieja cristiandad como España o Italia. Algunos estudiosos se sorprenderían al constatar que muchas de las creencias populares que acompañan a nuestro catolicismo cubano son, con leves variantes, las mismas que encontramos en Andalucía o en Islas Canarias. Y en cuanto al sincretismo afro-católico, su gama varía desde una simple superstición hasta la pertenencia activa a cultos afrocubanos. Esto último se da más en la costa norte de las provincias de La Habana y Matanzas, Guanabacoa, la ciudad de Matanzas y Cárdenas son centros fuertes de religiones afrocubanas y su influjo alcanza a la religiosidad común del pueblo de esta zona en mayor o menor grado. Este fenómeno que observamos con más amplitud en la ciudad de La Habana, no se aprecia en Pinar del Río, apenas en las provincias de la región de Las Villas, muy poco en Camagüey, Tunas y Holguín y es de otra índole en Santiago de Cuba y Guantánamo. Sin embargo existe una extendida y arraigada religiosidad popular en todas esas regiones y ésta es de matriz católica.

Prácticamente todos estos creyentes tienen una referencia mayor o menor a la Iglesia Católica. Muy pocos de estos hermanos nuestros llegarían a considerar el Catolicismo como «otra religión» de la cual podrían prescindir totalmente.

En los últimos años ha florecido en Cuba la santería en todos los estratos de nuestra población, sin importar el color de la piel o la edad, pues muchos son jóvenes, ni la militancia política. Esto es un signo del despertar religioso de nuestro pueblo. Las creencias de tipo animista, por no tener estructuras institucionales conocidas, por no requerir los serios compromisos éticos del cristianismo, por la flexibilidad de conciencia de quienes la practican, les permite disimular y aun negar su fe, ha hecho que muchos hayan franqueado con más facilidad el anónimo umbral de la puerta de un curandero, que penetrar en la iglesia de su barrio.

Pero no pocos de los que han comenzado el camino de la búsqueda de Dios por esas vías han llegado a la plena fe católica más tarde. Este andar no es inusitado: es bastante común acceder de la religiosidad popular, aun sincrética, a la fe liberadora de Jesucristo.

El camino inverso, el del desgaje y separación del tronco católico, el de retroceder la historia a sus complicados orígenes a partir de presupuestos intelectuales o ideológicos, o el de conformar artificialmente realidades religiosas nuevas, no tiene nunca éxito, porque la cultura de un pueblo se integra por sedimentación y es muy difícil desentrañar las capas que la han formado.

Nadie puede crear artificialmente un comportamiento cultural y, en el dominio de la cultura, los desgajes provocados son siempre transitorios, ya que los retoños renacen con más vigor un tiempo después de la poda. Tengan esto en cuenta los que, como sociólogos o periodistas, analizan estos fenómenos, de modo que lo hagan con objetividad y respeto, sin olvidar que se están moviendo en los hondos y complejos dominios del sentir religioso.

Nosotros, a quienes nos toca anunciar el Evangelio a toda la creación, siguiendo el modelo de Jesucristo y con la sabiduría secular de la Iglesia, unimos al respeto, el amor de acogida y la audacia de mostrar a todos nuestros hermanos al Dios verdadero, con su carga de exigencia y su misericordia sin límites.

Sirva esta reflexión a sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, empeñados como estamos todos en la Evangelización de nuestro pueblo.

Con mi bendición.